

Capítulo XII.

Una triste Noche-Buena.

Guacanajari recibió cordialmente á los enviados de Colón, apaciguó á sus guerreros y tranquilizó á los caciques, manifestándoles que los extranjeros iban animados de los mejores sentimientos hácia ellos.

Los españoles llegaron hasta su trono, y las armaduras con que cubrían su cuerpo, cuyo esplendor aumentaba los rayos del sol al reflejarse en ellas, produjeron una impresion de asombro en el soberano indio.

—Saluda á los hijos del sol,—exclamaron los intérpretes de Guanahani al acercarse al trono de Guacanajari al lado de los emisarios de Colón.

El rey alzó los ojos y los fijó en los españoles.

—La paz del buen espíritu os acompañe,—dijo á los extranjeros,—en su nombre os ofrezco hospitalidad en mi pueblo y en el palacio de Vagoniana.

Los extranjeros á quienes desde aquel momento llamó hijos del sol besaron su frente.

Guacanajari les estrechó en sus brazos, puso á su disposición cuanto tenía y hasta les ofreció para descansar la hamaca real en donde Vagoniana había engendrado su raza.

Sirviéronles agua fresca de coco, maíz y cazabe (C).

Las vírgenes indias ofrecieron á los extranjeros su regazo, para que reposando sobre ellos su cabeza, durmieran en tanto que ellas con religioso silencio velaban su sueño.

—Guacanajari,—dijeron al rey los intérpretes en nombre de los huéspedes,—Colón, almirante de los reyes de Castilla y de León y capitán de estos hombres, han venido en su nombre á saludarte y á enviarte la paz porque eres bueno.

—Podeis decirle,—contestó Guacanajari,—que jamás la tristeza ha vivido en mi alma; que jamás el remordimiento ha proyectado su sombra sobre mi frente; que mis pueblos viven felices adorando al sol de quien han recibido la vida y de Vagoniana, que fué el primero de mi raza.

Todo cuanto tengo, todo cuanto soy se lo ofrezco. Jamás ha llegado nadie hasta mí con lágrimas en los ojos sin que las haya enjugado.

Inmediatamente dispuso que uno de los caciques

ques más jóvenes, con los atavíos más brillantes y con un séquito lucido, fuese á pagar la visita á Colon y á invitarle á descansar en el palacio de Guacanajari.

Púsose en marcha la comitiva de Anaibuni, que así se llamaba el cacique elegido, y subió á una especie de palanquin, conducido por cuatro indios.

Unos doscientos más formaban su cohorte.

Guacanajari dispuso que no llevasen flechas para mostrar cuán amistosas eran las relaciones que quería entablar con los recién llegados.

Cuando llegó la comitiva á la orilla del mar, se subieron los que la formaban en ligeras canoas para acercarse á la *Santa María*.

En aquel momento estaba el almirante comiendo en su cámara.

Supo por los intérpretes el objeto de aquella visita, salió al encuentro de Anaibuni, el cual mandó á los suyos que se quedasen en las canoas y acercándose á las carabelas y acompañado por Colon fué á la cámara, en donde se hallaban todos los jefes de la expedición española.

Sólo dos ancianos que parecían sus consejeros siguieron á Anaibuni, y cuando él tomó asiento se sentaron á sus piés.

Obsequiábanle Colon y los suyos con los manjares que le servían de alimento, y no hacía otra cosa más que gustarlos dando orden en seguida de que se los enviasen á sus vasallos.

Apenas hablaba el cacique, pero trataba con la mayor consideración y respeto á los europeos.

Terminada la comida presentó á Colon un cinturón ó tahalí maravillosamente labrado y dos piezas de oro.

Colon se apresuró á ofrecerle varias cuentas de azahar, unos borceguíes de color, un frasco de agua de azahar, y le mostró además una moneda española en la que se hallaban los bustos del rey y de la reina, dándole á entender el poder y grandeza de aquellos soberanos que le habían enviado hasta allí.

Salieron todos de la cámara, y al subir á cubierta mandó Colon que desplegasen los marineros los estandartes y las banderas.

En vista de aquellos objetos y de aquellos hombres que no se parecían á los de su raza, creyó Anaibuni, lo mismo que sus consejeros, que aquellos hombres no podían ser sino seres descendientes del cielo, y enviados allí para derramar la felicidad en la isla.

Al anoecer, despues de haberse valido de los intérpretes para manifestar á Colon los grandes deseos que el rey de los reyes, Guacanajari, señor de Haiti, y jefe de las cinco partes de la isla, tenía de conocerle, y que se honraria en extremo recibéndole en su palacio, volvió á tierra en un bote de la carabela almirante, y con la misma pompa que había llegado, en el mismo palanquin y rodeado de sus vasallos, volvió á dar cuenta de su misión, enviando delante, con gran aparato y ceremonia, los objetos que le había regalado el ilustre marino genovés.

Aunque adornado con objetos de oro, no lo poseían en la abundancia que deseaban los españoles, y como á sus preguntas acerca del origen de aquel metal contestaba que siguiendo el rumbo hácia donde caminaban no tardarian en hallar más islas ricas en oro, resolvió continuar su marcha; pero no sin dejar antes en aquella costa una gran cruz, que los habitantes de las cercanías adoraron del mismo modo que la habían visto adorar á los europeos.

El 19 de Noviembre continuó su interrumpida marcha, y al día siguiente ancló en un puerto al que dió el nombre de Santo Tomás, donde está hoy la bahía de Acud.

Noticiosos los habitantes de aquella parte de la isla de la buena acogida que les había dispensado Guacanajari, en conoas ó á nado se dirigieron á los buques llevando ofrendas de todas clases.

La generosidad de aquellos habitantes rayaba en despilfarro, porque todo cuanto tenían les parecía poco para obsequiar á los extranjeros.

En las mejores relaciones, muchos de los caciques fueron á visitar las carabelas y á rogar á Colon en nombre de Guacanajari á que no se alejase sin ir á visitar su córte.

Uno de ellos llevó un nuevo presente de Guacanajari al almirante.

El rey de Haiti queria á toda costa verle, y se esforzaba en festejarle al efecto.

Enviábale otro tahalí, trabajado con cuentas de color y hueso, y una máscara formada con huesos de

pescado y nácar, cuyas narices, orejas y lengua eran de oro macizo é incrustaciones de perlas.

Aquel don era uno de los más grandes que podía hacerle.

Con el emisario reiteró la súplica de que no se fuese Colon sin que tuviera la inmensa alegría de estrecharle en sus brazos.

Quiso el almirante acceder á sus ruegos, pero el viento que reinaba le impidió complacerle inmediatamente.

Pero le envió nuevos mensajeros para ofrecerle en su nombre que realizaria su afán.

Los indios que le visitaron le dijeron que había grandes tesoros del metal que tanto codiciaban en la isla, y pronunciaron el nombre de Cibao, dándole á entender que aquel era el punto que encerraba más oro.

De nuevo se despertó en el ánimo de Colon la ilusión que le había perseguido tanto tiempo.

Imaginó que la palabra Cibao era una corrupcion de Cipango, recordando una vez más la descripción que de ella había hecho Marco Polo.

Colon se dió á la vela hácia la Concepcion en la mañana del 24 del Diciembre, y tomó el rumbo del Oriente con ánimo de detenerse en el puerto más próximo á la córte de Guacanajari.

El viento continuaba siendo contrario.

Sin embargo, á las once de la noche se hallaba á cosa de una legua de la residencia del rey.

Era la Noche Buena.

Los marineros no se olvidaban de que á aquellas horas se celebraba en su patria el aniversario del Nacimiento de Jesucristo.

Colon estaba fatigado y se retiró á descansar, esperando al dia siguiente realizar su deseo de hallarse frente á frente de Guacanajari.

Pero apenas se habia retirado cuando el timonel, que habia bebido más de lo regular, desobedeciendo una de las órdenes más terminantes de su jefe, confió el timon á un grumete.

Los marineros á su vez habian libado bastante; viendo que su inmediato jefe dormia, se creyeron con derecho á dormir, y toda la tripulacion de la *Santa Maria* no tardó en entregarse al más profundo sueño.

Las traidoras corrientes de aquellas costas arrebataron con rapidez el buque hácia un banco de arena.

El grumete, al ver el agua que hervia en torno del bajel, comenzó á dar gritos.

—¡Socorro! ¡socorro!—exclamó despavorido.

El almirante fué el primero en subir á cubierta y no tardaron en seguirle el timonel y los demás que desobedeciendo sus órdenes se habian dormido.

El momento era difícil.

No se trataba entonces de castigar á los culpables sino de vencer las dificultades, salvar la embarcacion del peligro que corria.

—Echad un bote al agua,—dijo Colon,—levad al ancla fuera de la popa, y procurad de este modo sacar del banco al buque.

Obedecieron inmediatamente, pero estaban al Occidente, y en vez de cumplir las últimas órdenes de Colon, se dirigieron á fuerza de remo hácia la otra carabela, que se hallaba como á una media legua al barlovento.

Participaron á sus camaradas el peligro que corria el navío almirante, y Yañez Pinzon mandó inmediatamente echar al agua los botes, y con algunos de los suyos acudió en socorro del almirante, llegando demasiado tarde, porque la violenta corriente habia encallado el buque en el banco de arena.

¡Qué momentos aquellos tan crueles para Colon!

Entonces más que nunca necesitaba vivir, y la muerte se cernia en el espacio sobre su cabeza.

Pero valeroso hasta el último extremo al ver que el buque estaba de través en medio de la corriente y que se iba llenando de agua, lo mandó desarbolar, para ver si aligerándole de peso le ponía á flote.

Todos sus esfuerzos fueron inútiles.

La quilla se habia sepultado en la arena; al chocar se habia abierto el casco en varias partes, y las olas le azotaban, enterrándole más y más en aquel lecho de muerte.

La Providencia, sin embargo velaba por él, porque la mar continuaba en calma.

De lo contrario la carabela se hubiera sepultado para siempre en la arena, y los marineros hubieran perecido arrastrados por la corriente.

Comenzaba á amanecer, y precisamente Guacanajari, que habia sabido la proximidad de las dos ca-

rabelas, habia tomado sus disposiciones para ir al encuentro del almirante.

Iba en su palanquin con la mayor pompa, cuando los suyos le anunciaron el peligro que corrian los extranjeros.

Bajándose de su palanquin corrió á la orilla, llegando al mismo tiempo que el almirante y la tripulacion se refugiaban en la *Niña*.

Guacanajari, profundamente conmovido, mandó llamar á todo su pueblo para que socorriera á los naufragos, y obligándoles á arrojar al mar para arrancar á las olas todos los objetos que el agua arrastraba para precipitarlos en el abismo.

Aunque no se entendian, fácilmente podian comprender uno y otro la emocion de que se hallaban poseidos.

La fisonomía de Guacanajari presentaba el más profundo sentimiento y la más generosa bondad.

Colon, que agradecia aquellas muestras de benevolencia, comprendió desde luego que no era el papel del víctima el que mejor le sentaba en aquel momento.

Y sin embargo, á los ojos de aquellos hombres podia perder todo el prestigio que habia alcanzado cuando le consideraban como enviado del cielo, razon por la cual encargó mucho á los suyos que no mostraran pena por lo que les pasaba.

Estrechando la mano de Guacanajari, con faz risueña hizo á los intérpretes que manifestaran que lo que habia sucedido no habia pasado más que para probar los sentimientos de su alma.

—Y en prueba de ello,—añadió,—vais á ver cuán grande es mi poder en el mar en la y tierra.

Y dando orden á los de la *Niña* para que dispararan las lombardas, inundó de pavor á los indios que llenaban la playa.

Parecía á todos un volcan que estallaba.

El rugido terrible de aquel volcan resonó en el cielo y en la tierra.

Y las palmeras, que erguan su frente hasta las nubes, cayeron en presencia de Guacanajari.

Hasta el mismo rey tuvo miedo.

Sus guerreros, atemorizados, cayeron en tierra, y ocultaron en la arena su rostro.

Las mujeres corrieron con sus niños á guarecerse en las montañas, en el seno de las más profundas cavernas.

—¡Hijo del cielo!—exclamó Guacanajari,—ya veo que eres todo poderoso; deten la furia del mónstruo que arroja la llama y rompe tan fácilmente lo más duro, lo más fuerte de la tierra. ¡Todos mis tesoros son tuyos, todo mi pueblo será tu esclavo! Hijo del sol, tú que tienes en tu mano el rayo y el exterminio sé amigo mio, ábreme tu corazon.

Informado Colon del sentido de aquellas palabras, abriéndole los brazos:

—Sí, soy tu amigo; yo te lo ofrezco ante la faz de Dios. Jamás te faltará mi amistad,—exclamó.

La alegría renació de nuevo en el alma de Guacanajari.

Lanzó su flecha al aire, signo para que acudieran

los suyos á su lado, y desde las montañas, desde los bosques, desde las llanuras, los caciques y los guerreros, las mujeres y sus hijos, los sacerdotes y los ancianos, se agruparon en torno de Guacanajari.

—El extranjero,—exclamó,—es hijo del cielo azul, es grande, es poderoso. Acatadle, porque nos brinda su amistad.

Todos se inclinaron ante Colon.

¿Qué extraño es que Colon, al describir aquella escena, dijese á los reyes: «Tan amorosos, tan tratables y pacíficos son estos indios, que no hay en el mundo todo ni mejor país, ni mejores gentes. Aman á sus prójimos como se aman á sí mismos; siempre son sus palabras humildes y afables, acompañadas de una sonrisa, y sus modales son decorosos y dignos de aprecio?»

Guacanajari se retiró con los suyos, hospedando á muchos de los tripulantes de la *Santa María* en las mejores casas de su corte.

Dos dias despues fué á visitar á Colon á bordo de la *Niña*.

Capitulo XIII

El Eden.

Colon estaba triste.

El naufragio de la *Santa María* era una pérdida irreparable.

Esto, unido á la desercion de Pinzon, habia abatido su espíritu.

Ocultaba á los suyos su desaliento, desaliento grande, porque aunque habia realizado más aún de lo que le habian prometido sus sueños, aunque todos los indicios demostraban que al fin habia llegado al germen de las riquezas que ambicionaban, viéndose con una sola embarcacion para volver á España, temia, ó que su descubrimiento quedase oculto para siempre por efecto de un nuevo contratiempo en el mar, ó que si llegase á saberse por los Reyes Católicos, toda la gloria de él recayese en Pinzon.